

Las relaciones político-diplomáticas entre Portugal y España en la segunda mitad del siglo XX¹

CARLOS COSTA NEVES

Diplomático del Servicio Exterior de Portugal²

Si el tiempo está hecho de cambio, como sugirió Camões, hoy, más que nunca, eso es verdad. La aceleración de la historia es una realidad con la que hemos aprendido a convivir, sobretodo, desde 1989. Pero, en el marco de la política exterior portuguesa, en particular en lo referente a las relaciones con España, podemos decir que la historia empezó a acelerar hace mucho más tiempo, desde que fue recuperada la democracia, el 25 de Abril de 1974. Las profundas transformaciones que se dieron a partir de entonces contribuyeron para cambiar sustancialmente las relaciones entre los dos países ibéricos.

Se asistió en un periodo histórico muy breve a una importante alteración de las condicionantes que caracterizaban nuestras relaciones. Portugal se reduce a su dimensión europea y, por vía del proyecto comunitario, es llevado a compartir con España políticas comunes y el mismo mercado. Las reglas comunitarias contribuyeron para moldear el nuevo relacionamiento luso-español. Nuestras relaciones están hoy condicionadas y dependientes del proyecto europeo.

Será útil hacer un esbozo de las relaciones luso-españolas desde 1950 hasta lo que podremos llamar su normalización a mediados de los 80, para así mejor evaluar la magnitud de las evoluciones que se dan a partir de 1974.

¹ Intervención pronunciada en el Curso sobre “Las Relaciones Hispano-portuguesas en la Segunda Mitad del Siglo XX, en el ámbito de los Cursos de Verano 2000 del Instituto Universitario Rei Afonso Henriques de Cooperación Transfronteriza

² Las opiniones contenidas en el presente texto vinculan exclusivamente a su autor.

AÑOS 40 (segunda mitad)

Aislamiento internacional de España. Portugal vive de los créditos de la neutralidad

Los años 40 han sido un decenio muy difícil para el régimen franquista. El aislamiento internacional de España fue una dura realidad que puso en evidencia la importancia de la ayuda prestada por Portugal, en coherencia con el espíritu del Tratado de Amistad y no Agresión de 1939, conocido como Pacto Ibérico.

Sin embargo, con la creación de los regímenes satélites de la URSS, a partir de 1947, empezó a romperse la unidad antifascista que imperó tras la II Guerra. El anticomunismo del régimen de Franco contribuyó para hacer valer, sobre todo en EEUU, la importancia estratégica de España, dejando entrever la reincorporación posterior del país en el escenario internacional.

En 1948, se reabren las fronteras pirenaicas (cerradas en el 46). La frontera hispano-lusa se mantuvo siempre abierta, como única puerta de salida de España. En 1951, empiezan a regresar a Madrid los Embajadores que se habían retirado en 46/47. El portugués fue uno de los cuatro que se quedaron.

En este contexto, se da, en 1949, una importante divergencia entre España y Portugal, que refleja, de alguna manera, la distinta inserción en aquel momento de cada Estado en la escena internacional. Al constituirse como miembro fundador de la OTAN, Portugal “pasaría a ser el titular de la diplomacia peninsular ante las naciones occidentales”, como escribió un Consejero de la Embajada española en Lisboa. Muchas han sido las ocasiones en las que el Gobierno de Madrid expuso a Lisboa sus argumentos en contra de la adhesión portuguesa a la Alianza Atlántica, invocando su incompatibilidad con la vigencia del Tratado de Amistad y no Agresión. Portugal no aceptó este argumento, pero sí tuvo el cuidado de explicar a las autoridades españolas las razones de su elección.

Significativamente, la exclusión española de la OTAN sería compensada por EEUU con el inicio de un cierto deshielo en las relaciones con Madrid, que más tarde daría sus frutos, a través de los importantes acuerdos firmados entre España y EEUU, en el 53.

La rencilla hispano-lusa a propósito de la Alianza Atlántica no afectó de forma significativa las relaciones bilaterales – como, por cierto, ocurriría con todas las otras divergencias durante el período que aquí tratamos, con alguna notable excepción. En todo caso, ilustra bien algo que siempre se ha producido: que ninguno de los dos países ha ido a remolque de los intereses del otro en perjuicio sensible de los suyos, lo cual es normal en política exterior. Ello no impi-

dió, sin embargo, que hayan actuado siempre animados por el cuidado de mantener al mejor nivel su relacionamiento.

La visita de Estado de Franco a Portugal, en Octubre del 49, vendría a marcar simbólicamente las buenas relaciones entre los dos países. Sí he de subrayar que Salazar evitó compromisos con el Caudillo susceptibles de perjudicar las ventajas comparativas que detentaba en las relaciones con las potencias occidentales.

AÑOS 50

La cuestión colonial va a dominar la política exterior portuguesa/ España prepara su apertura

En 1950, Salazar se encuentra en Galicia con Franco, con el que vuelve a entrevistarse dos años más tarde en Ciudad Rodrigo. En ambas ocasiones, la situación internacional fue detenidamente discutida. En Mayo del 53, el Presidente de la República, Craveiro Lopes, realiza una visita de Estado a España.

Las relaciones políticas entre los dos países, aun siendo intensas y permanentes, no encuentran reflejos dignos de mención en materia económica o cultural. Esta será una característica inalterada hasta mediados de los 80.

Los años 50 van a estar marcados por la admisión de los dos países a la ONU, en 1955, lo cual va a suponer algunos cambios en sus políticas exteriores.

Es en esta década cuando Portugal se encuentra con un problema que dominará su política exterior hasta el 74 – la llamada cuestión colonial. La oleada descolonizadora es imparable. En los territorios portugueses de la India, Nehru aprieta el cerco económico. En 1956, es tratada en la ONU la presencia colonial portuguesa en África (la rebelión en Angola empezará sólo en el 61).

Si el aislamiento internacional de Portugal, a pesar de algunos discretos pero importantes apoyos occidentales, va a ser de ahora en adelante creciente, España, en cambio, puede en este momento permitirse reestructurar su política exterior en un contexto más favorable. Poco a poco, va rompiendo el aislamiento que sufrió en los años 40. A las nuevas orientaciones económicas del Gobierno tecnocrático del 57, Castiella, en Asuntos Exteriores, añadirá una nueva política teniendo en vista tres objetivos: el acercamiento a la CEE, la reivindicación del peñón de Gibraltar, que Madrid considera bajo dominio colonial británico, la diversificación de las relaciones político-económicas, que se abren al mundo árabe, pero también al Este europeo y al Oriente, a la par con el tradicional relacionamiento con Iberoamérica. En los discursos de Franco, Portugal sigue siendo nombrado como una prioridad en las relaciones exteriores de España.

En el marco bilateral, la primera rencilla, en este decenio, se deberá precisamente a las distintas orientaciones exteriores de ambos Gobiernos. En 1956, el Embajador de España en Lisboa, Nicolás Franco, informa a Paulo Cunha, Ministro de Exteriores portugués, de que Madrid había establecido relaciones diplomáticas con la Unión India. Portugal, que desde 1953 había roto las relaciones con este país a raíz del problema de Goa, manifiesta entonces su desagrado a las autoridades españolas. Salazar entiende que, de ahí en adelante, no podrá contar con un apoyo firme de España a su política colonial. La independencia del Marruecos español vendría a subrayar los distintos enfoques de los dos países en cuanto al tema colonial.

En el quinto encuentro Salazar/Franco, que tuvo lugar de nuevo en Ciudad Rodrigo, en Julio del 57, se da un impulso a las relaciones bilaterales, pero se hacen notar las distintas percepciones de ambos respecto a la cuestión colonial. Cuando vuelvan a entrevistarse, en Mérida, en Julio del 60, el Presidente del Consejo portugués, según escribe Franco Nogueira (su futuro biógrafo y Ministro), “cree adivinar un elemento de ambigüedad en la actitud de Franco y Castiella”, confirmando las diferencias de percepción en materia colonial que ya había sospechado.

AÑOS 60

Aislamiento portugués. Distintas apuestas europeas

Los dos dictadores se encontrarán aún en Mayo de 1963, en Mérida. (Franco Nogueira había relevado ya a Marcello Mathias en la cartera de Exteriores). Entonces, estaba ya muy clara la posición de España en cuanto a la cuestión colonial. Madrid se preparaba para dar la independencia a Guinea (lo que ocurriría en el 68), prefiriendo sacrificar la pequeña colonia africana a los intereses que tenía en sus relaciones con el mundo árabe. Además, la reivindicación sobre Gibraltar empeñó España en una lucha diplomática en la ONU, reconociendo la legitimidad de sus organismos para tratar la cuestión. Esta posición anti-colonialista convertía en incoherente el apoyo a la política portuguesa. En los años anteriores, el Representante Permanente de España ante la ONU había votado muchas veces en contra de Portugal; en otras, se abstuvo, por instrucciones directas de Franco.

De 1963 a 1969, se da una interrupción en los contactos a nivel de Jefes de Estado y de Gobierno y de Ministros de Exteriores. Lo cual no deja de poner de manifiesto los intereses divergentes de las políticas exteriores de ambos países.

Además de las distintas posiciones respecto a la política colonial, las también diferentes apuestas europeas contribuirán a apartar los caminos de ambos

países en los años 60. Mientras que España entregaba en 1962 su pedido de adhesión a la CEE, Portugal sería miembro fundador de la EFTA⁽³⁾ (1959), un proyecto de comercio libre sin ambiciones políticas liderado por el Reino Unido. Al contrario de la política de apertura planeada por el equipo de ministros tecnócratas de Franco (Madrid lograría en 1969 un acuerdo comercial con la CEE), Salazar desconfiaba del proyecto de integración europea, que consideraba opuesto al “rumbo permanente de la política exterior portuguesa”. Como explicó Franco Nogueira, la dialéctica entre las corrientes europea y ultramarina dominó varios Consejos de Ministros. El futuro demostró que la segunda prevalecería hasta la caída del régimen.

En la elección de la opción EFTA por Portugal algo habrá pesado la ponderación de los efectos que podrían resultar para la economía nacional de una posible adhesión de España. Aun así, la economía lusa experimentó un proceso de liberalización que ya significaba el principio del fin del proteccionismo intervencionista del Estado.

El marcellismo. Giro europeo de Portugal

Cuando en 1968 Marcello Caetano releve Salazar en la Presidencia del Gobierno, se cree en una posible apertura del régimen, que no se confirmará. La famosa evolución en la continuidad, que fuera el lema del primer “marcellismo”, no se da, venciendo, en cambio, la continuidad.

En tanto que Portugal se encaminaba hacia un creciente aislamiento internacional (masacres de Wiriamu, en Mozambique, Guinea reconocida por NU), España estrenaba nuevo Gobierno en el 69, considerando que la aproximación a la CEE era la primera prioridad de su política exterior y ampliando cada vez más sus relaciones.

Es cierto que tanto con López Bravo (1969) como con López Rodó (1973) en la cartera de Exteriores el Gobierno español sigue eligiendo entre sus prioridades el mantenimiento y la consolidación del Pacto Ibérico. Pero las demás líneas orientadoras apuntan hacia un aperturismo que el Gobierno de Caetano no se podía permitir sin previamente resolver la cuestión colonial. Cabe, no obstante, señalar el acercamiento de Portugal a la CEE, que empieza a finales de los 60, a través de un memorandun dirigido a Bruselas, en el que el Gobierno luso manifiesta su deseo de iniciar negociaciones “en los dominios de la cooperación técnico-científica y comercial”.

³ Asociación Europea de Libre Comercio

AÑOS 70

El retomar de las relaciones intensas con España

En 1970, Lisboa presenta un nuevo memorandun a Bruselas. En 1972, se inician formalmente negociaciones con la CEE que culminan con la firma de un acuerdo comercial.

En el marco bilateral, se produce un nuevo desarrollo en nuestras relaciones. Marcello Caetano se desplaza a Madrid, en Mayo de 70, donde firma algunos instrumentos diplomáticos relevantes: el tercer Protocolo Adicional al viejo Tratado de Amistad de 1939, que amplía considerablemente su ámbito, estableciendo reuniones anuales entre los dos países y, por vez primera, se refiere a la necesidad de una cooperación económica y política entre España y Portugal; y dos acuerdos relativos a la cooperación económica y cultural, respectivamente.

En los años siguientes, serán varias las visitas cruzadas de los Ministros de Exteriores. Caetano, a su vez, se desplazará de nuevo a Madrid en 1973, para asistir a los funerales de Carrero Blanco.

Apertura en Portugal. Agonía del franquismo

La caída del régimen en Portugal, el 25 de Abril de 1974, provocará, como es natural, profundas transformaciones en las relaciones bilaterales. La aceleración de la Historia, de la que hablé al principio de esta ponencia, empieza entonces.

Por lo menos durante año y medio, Portugal está en el centro de la atención política internacional. La incidencia de la revolución portuguesa en España se encuentra bien documentada en un estudio que le dedicó Sánchez Cervelló. Si bien no es habitual que los historiadores de la transición le concedan excesiva atención, parece incuestionable que los sucesos en Portugal contribuyeron a acelerar los cambios en España, sobre todo, tras la muerte de Franco, como sostiene Fernando Morán.

Desde el punto de vista político-diplomático, es ahora Portugal el que se abre al mundo, estableciendo relaciones diplomáticas con los países del Este europeo, de África y de Asia. Resuelta la cuestión colonial y conquistada la democracia, el país va a revisar y a transformar su política exterior, adaptándola al nuevo contexto. La estabilidad coincidirá con la apuesta y opción europea como un objetivo claro y determinante. España, al revés, a pesar de las distintas dinámicas renovadoras, pasará por un difícil momento de tensiones y conflictos en la última fase del franquismo que no benefician su imagen internacional (fusilamientos de septiembre del 75).

Portugal tranquiliza España. Mutua preocupación de no perjudicar equilibrios. Peligros de deterioro

Durante el período político y socialmente inestable que Portugal va a vivir hasta 1976 (año en el que se adopta la nueva Constitución), fue preocupación constante de la diplomacia lusa el asegurar a España que la revolución no era exportable. El encuentro Mário Soares/Manuel Fraga (entonces Embajador en Londres), en Mayo del 74, al que siguió, pocas semanas después, una entrevista en Madrid con el Ministro de Exteriores, Cortina Mauri, sirvió para tranquilizar las autoridades españolas sobre el rumbo de las relaciones bilaterales y la evolución del proceso portugués.

En un momento en el que los acontecimientos en Portugal no servían de ningún modo los fines de quienes pretendiesen una continuidad del franquismo, considerando los riesgos de contagio, cabe destacar que el Gobierno de Madrid fue de los primeros en reconocer al nuevo régimen luso, en 30 de Abril, junto con EEUU, Brasil, RFA, Sudáfrica y Vaticano. O sea, una vez más, ahora en un contexto de marcada divergencia política entre los dos Gobiernos (como nunca se produjo en todo el período que nos ocupa) hubo un cuidado extremo por ambas partes en no permitir que se vieran afectadas las relaciones bilaterales, asegurando, a toda costa, una normalidad poco acorde con la realidad política existente.

Hasta el encuentro del Ministro de Exteriores Ernesto Melo Antunes con su homólogo José María de Areilza, en febrero de 1976 (del que hablaré más adelante) varios fueron los riesgos de un deterioro serio en el relacionamiento hispano-luso. Las organizaciones antifranquistas pudieron entonces actuar libremente en Portugal. Hay, no obstante, varios ejemplos de intervención de las autoridades lusas para impedir manifestaciones de grupos antifranquistas en Lisboa, a petición de la Embajada española, como fue el caso de los actos de solidaridad con presos políticos programados por la viuda de Julián Grimau. De igual modo, sobre todo a partir del intento golpista del 11 de Marzo de 1975, las autoridades españolas facilitaron la actuación en su territorio de grupos que pretendían alterar el rumbo del proceso portugués.

En Julio de 1975, Melo Antunes se desplaza a Madrid para encontrarse con su homólogo español, al que procura convencer de que la situación en Portugal evolucionaba hacia una democracia representativa y parlamentaria, intentando desahacer dudas sobre los riesgos de una entrada del país en la órbita de la URSS y del Pacto de Varsovia. El mismo tipo de discurso tranquilizador será repetido por el Presidente de la República, Costa Gomes, a Arias Navarro, en el encuentro que mantienen al margen de la Conferencia de Helsinki, en Agosto de 1975.

Es en Septiembre del mismo año cuando se da el más grave incidente entre los dos países a lo largo del periodo que abarca esta intervención: el asalto y el saqueo a la Embajada de España en Lisboa y al Consulado en Oporto por grupos de populares, en protesta contra los fusilamientos ordenados por Franco. Todavía hoy siguen por aclarar aspectos de este episodio. Las inmediatas disculpas del Gobierno portugués y el compromiso de indemnizar los daños y pérdidas causados no evitaron que España reaccionara con medidas de represalia, retirando la misión española de Lisboa y suspendiendo la cotización del escudo en el Banco Central. En España llegan a circular rumores de una intervención.

Camino de la normalización

Es sólo a partir del encuentro Melo Antunes /José María de Areilza, en Guarda, en Febrero del 76, que las relaciones entre los dos países conocen un nuevo período, superando las tensiones de los años anteriores, si bien sin resultados inmediatos. Desde los incidentes en la Embajada de España en Lisboa hasta Guarda se dieron una serie de acontecimientos que facilitaron este giro. Cabe hacer mención a la muerte del Caudillo, con el consiguiente inicio de la transición y a la “normalización” operada en Portugal tras el 25 de Noviembre del 75, cuando se puede decir que termina el periodo revolucionario. El encuentro de Guarda pone así un punto final a las mutuas desconfianzas y permite ahondar por primera vez en las relaciones culturales y económicas. En España el camino hacia la democracia parecía inevitable y en Portugal, apartados los riesgos de una radicalización. Los dos Gobiernos se comprometen entonces a no permitir actividades de grupos de opositores en sus países.

La apuesta europea común

A continuación del nuevo clima creado en aquella entrevista, Adolfo Suárez visita Lisboa en Noviembre del 76, donde se encuentra con Mário Soares, Primer Ministro del primer Gobierno constitucional. Los dos países iniciaban entonces una decidida aproximación a la Europa comunitaria, al tiempo que empezaban a intercambiar puntos de vista sobre la agenda internacional. El factor europeo significará una nueva fase en las relaciones bilaterales, sobre todo para Portugal. Y digo sobre todo para Portugal porque era necesario calibrar las consecuencias de la adhesión a un espacio económico abierto. En ese mercado común, España, por las razones psicológicas conocidas, pero también por su pujanza económica, podría ser percibida como una amenaza. Esa percepción, que los Gobiernos de Salazar postularon, cuando analizaron los procesos de integración, sería ahora paulatinamente superada, propiciando una nueva era en

las relaciones entre los dos Estados. El paraguas europeo constituiría un poderoso elemento atenuante de estas suspicacias, aunque no las haya eliminado mecánicamente. Lo más significativo es el hecho de que los dos países se abren finalmente el uno al otro por imperativos de la opción europea. Con la apertura económica vendrá la apertura cultural. No podemos olvidar tampoco que los acontecimientos vividos en aquellas fechas agudizaron el interés y curiosidad del uno por el otro. Se da un cambio en la imagen de ambos hacia sí mismos y hacia fuera.

Así pues, la visita de Adolfo Suárez a Lisboa ha iniciado un proceso que llevaría a la negociación de un nuevo Tratado de Amistad, que substituiría el viejo Tratado de Amistad y no Agresión de 1939. La ratificación de este nuevo instrumento, que prefiguraba una nueva fase en las relaciones entre los 2 Estados, ocurrió durante la visita de Estado a Portugal del Rey D. Juan Carlos, en Mayo del 78, en la ciudad de Guimarães –cuna de la nacionalidad portuguesa–. El local escogido fue, obviamente, simbólico.

Entretanto, en 1979, ya con las negociaciones para la adhesión a la CEE en curso, se han estrechado los contactos entre los partidos de ambos países. Mário Soares y Felipe González en el ámbito de la Internacional Socialista, Sá Carneiro, Freitas do Amaral (Aliança Democrática) y Adolfo Suárez (UCD), en los respectivos Gobiernos (la UCD llegó a colaborar en el marketing de la campaña electoral de la AD). En cuanto a los partidos comunistas, sólo en 1983 Cunhal se encuentra con Gerardo Iglesias, quien había relevado a Carrillo al frente del PCE.

DE LOS AÑOS 80 AL PRESENTE

Un relacionamiento condicionado por el factor europeo. Normalización

Durante las negociaciones de adhesión a la entonces llamada CEE, España y Portugal fueron obligados a conocerse mejor, toda vez que Bruselas los había puesto en el mismo nivel. Pero es tras la plena adhesión cuando se da un efectivo giro cualitativo en esta nueva fase de las relaciones bilaterales, no solamente en el marco político, sino también en el económico y el cultural.

La institucionalización de las Cumbres Hispano-Lusas anuales no hace más que responder a la necesidad común de encontrar respuestas conjuntas a los desafíos que ambos países se proponen. Ese giro cualitativo en las relaciones hispano-lusas se vería facilitado igualmente por la existencia casi simultánea (a partir de mediados de los 80) de gobiernos estables en los dos países (PSOE/González – PSD/Cavaco Silva) y las buenas relaciones personales entre

ambos gobernantes. Algo que sigue ocurriendo hoy con los Gobiernos de Aznar y Guterres, por no hablar ya de la excelente relación personal del Rey Juan Carlos con el ex Presidente de la República Mário Soares y el actual Presidente Jorge Sampaio.

En la post-adhesión, la política europea de ambos países constituyó un poderoso elemento de aproximación, debido a los importantes retos compartidos a los que se enfrentan los dos Gobiernos: el Acta Única, la consolidación de las políticas comunes que de ella se derivan, la generación del mercado interior y los impulsos de Jacques Delors al proyecto europeo (que, por cierto, correspondieron a la última etapa verdaderamente estimulante de la historia de la Comisión). En los temas sectoriales más problemáticos, Portugal decidió jugar en la “multilateralización”, evitando enfrentamientos bilaterales. Aprovechando la lógica de apoyos variables, en función de los temas, que impera en la Europa comunitaria, Portugal consiguió así buenos resultados.

La búsqueda de alianzas luso-españolas en cuestiones decisivas para ambos países (Plan Delors I-87, Plan Delors II-92 y, más recientemente, la Agenda 2000) reforzó nuestro diálogo efectivo en el marco europeo y nos situó en la vanguardia de la defensa de las políticas de cohesión. Un ejemplo más, éste todavía reciente, de cooperación fructífera en la UE fue la Cumbre de Lisboa, durante la última presidencia lusa, en el primer semestre del 2000, en la que se aprobaron importantes objetivos impulsados por ambos países, en particular en materia de empleo y de creación de las condiciones para hacer Europa más apta a competir con EEUU.

OTAN y Defensa.

En el marco de la defensa, la adhesión de España a la OTAN, en 1983, y su posterior inserción en la estructura militar de la Alianza vinieron a completar la normalización de las relaciones hispano-lusas. El nuevo arreglo acordado para el sistema de Mandos, en 1999, puso a prueba la capacidad de ambas diplomacias para encontrar soluciones mutuamente beneficiosas, como acabaría por ocurrir al final: se mantuvo el Mando Regional de Oeiras (Iberlant, subordinado al Mando Atlántico) y se creó el Mando Subregional de Madrid (subordinado al Mando europeo); los segundos Comandantes en Oeiras y Madrid son, respectivamente, un Oficial General español y un homólogo portugués –representación cruzada que consolidó las relaciones entre las FFAA de ambos países–.

Cumbres Iberoamericanas

Valdrá aun la pena referir que España y Portugal encontraron en las Cumbres Iberoamericanas –la primera tuvo lugar en Guadalajara (Méjico) en el 91– un marco de cooperación y discusión conjunta con los países de América Latina, incluyendo a Brasil. Se trata de una iniciativa cuya utilidad parece evidente, a la luz de la vocación iberoamericana de ambos países.

Mutuas dependencias

Llegados a este punto, si bien escape al título de esta intervención, tendrá cierto interés adelantar algunas cifras que ilustran bien la importancia que cada país tiene para el otro en términos económicos y su dependencia estrecha, debido al nuevo ciclo en sus relaciones propiciado por la adhesión a la Europa Comunitaria. Así, en 1985, España era el 5º suministrador de Portugal y su 6º cliente. Hoy, es su primer suministrador (con alrededor del 25% del total de las importaciones portuguesas) y disputa el primer lugar a Alemania como cliente. Portugal, a su vez, es el tercer cliente de España (tras Alemania y Francia), superando al conjunto de América Latina. En cuanto a empresas instaladas, existen hoy alrededor de 3000 españolas en Portugal (250 en el 86) y 300 portuguesas en España (40 en el 85).

Cultura

En el campo de la cultura, si bien las encuestas encargadas por organismos oficiales o publicadas en la prensa no lo reflejen de forma cabal, creo que se dió igualmente un considerable progreso en el mejor conocimiento mutuo. Algo natural en un periodo en el que, como antes decía, ambos países se benefician de un cambio de imagen hacia dentro y hacia fuera. Desde luego, ha aumentado el número de estudiantes de ambas lenguas. En España, el creciente interés por lo portugués se hizo notar, en particular, en las Comunidades Autónomas del otro lado de la frontera. Obras como las de Saramago o Siza Vieira, por no hablar ya de Pessoa, comienzan por tener en España una fortuna de crítica y de público que antecede a la que tendrán posteriormente un poco por todo el mundo. En Portugal, la recepción de la cultura española acompañó el interés que esta despertó en Europa en los últimos años, contrastando con el poco conocimiento que de ella se tenía hace décadas. A pesar de los avances, hay que reconocer que nuestro conocimiento recíproco no es satisfactorio, habida cuenta del hecho de nuestra vecindad y de la facilidad de acceso al otro que ello consiente. No obstante, las dinámicas existentes consienten algún optimismo.

El futuro

Las evoluciones producidas en los últimos años han substraído a nuestro relacionamiento parte del peso de la historia y de la carga psicológica que antes se sentía, sobre todo del lado portugués. Ello no significa que la historia y la psicología de los pueblos no tengan ni hayan de tener su peso, ni mucho menos que el futuro se haga siempre de coincidencias. Pero el dato nuevo, creo, consiste en que los problemas que se planteen tendrán más que ver con casos puntuales que con cuestiones estructurales. Y esto es lo mejor que se puede decir de las relaciones entre dos países vecinos.

Me gustaría concluir citando al gran historiador portugués Oliveira Martins, retiradas de su admirable *Historia de la Civilización Ibérica*: “Nosotros creemos con firmeza y hasta diríamos piadosamente (...) en la futura organización de las naciones de Europa (...) ¿Qué papel reserva el futuro para la Península y cuál será la fisionomía de esas edades venideras? La Historia no es profecía; pero el estudio de las edades pasadas permite columbrar muchas veces las probabilidades futuras (...)”

Quisiera, por último, elogiar muy calurosamente la encomiable labor de la Fundación Rei Afonso Henriques y del Instituto Universitario en pro del acercamiento entre nuestros pueblos, una labor y un afán de fomentar nuestro conocimiento mutuo que es un ejemplo vivo de muchos de los cambios a los que aludí en esta ponencia.